

Juan Carlos Vélez Rendón

Los pueblos allende el Río Cauca: la formación del Suroeste y la cohesión del espacio en Antioquia, 1830 - 1877

Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín e Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, Clío, Editorial Universidad de Antioquia, 2002, 393 pp.

¿Cómo se configura un espacio regional? ¿Cómo se transita de los espacios vacíos e indefinidos hacia una demarcación que signifique algo para sus habitantes y para los de afuera? ¿Cómo se construyen y decostruyen sociabilidades, asociaciones, redes, identidades y diferencias que vayan definiendo al mismo tiempo y en contrapunto creativo, la vida local y la nacional, pasando por dimensiones intermedias como las regiones mayores?

El trabajo de Juan Carlos Vélez, *Los pueblos allende el Río Cauca: la formación del Suroeste y la cohesión del espacio en Antioquia, 1830-1877*, publicado por la editorial de la Universidad de Antioquia, se mueve en el marco de este propósito general. Al autor le interesa el espacio, pero no pensado como un escenario en el cual se suceden procesos de colonización, producción económica y vida en común, o como una dimensión

administrativa para llevar a cabo la gestión pública; aquí el espacio es también parte constitutiva de la conformación de una sociedad específica y de un cuerpo político que va construyendo, inventando y adoptando las instituciones gubernamentales y poniendo a funcionar estrategias de control social, dentro de las cuales el ejercicio pastoral de la Iglesia Católica juega un papel destacado.

El autor va llevando al lector en un viaje fascinante desde la selva, el río y la cordillera, hasta la configuración de una de las regiones más importantes de Antioquia: el Suroeste, recreando la formación de las elites locales, las relaciones que se establecen entre estos patricios de parroquia y la pluralidad de gentes de diferentes adscripciones sociales y étnicas que van llegando a ese espacio en construcción "a buscar la vida"; las maneras como asumieron los procesos productivos, el diseño y la construcción de las

rutas mercantiles dirigidas a los cuatro puntos cardinales; procesos todos ellos que fueron consolidando un territorio vasto y configurando lealtades, alianzas, disensos y conflictos que terminan por tomar forma en la política pero también en las guerras civiles.

La estrategia investigativa o, si se quiere, la postura o la ventana para mirar el magma de lo existente, es un diálogo fecundo entre esos dos refrenes centrales para cualquier historia que pretenda tal estatuto: el espacio y el tiempo; tiempo como espacio en movimiento y espacio como tiempo detenido. Siguiendo las huellas de Fernand Braudel, el autor nos muestra de qué manera el espacio es algo más que un marco donde ocurren los acontecimientos, y el tiempo algo más que la sucesión de eventos y situaciones.

Lo que está en el horizonte de la indagación de Vélez, aunque no lo enuncia de manera explícita, es la pregunta por el orden político en una región determinada; orden para nada preexistente como a veces lo piensan los exegetas de las identidades regionales y orden para nada consolidado así exista una ingeniería de normas, leyes, decretos y burocracias públicas que den la imagen de una sociedad bien ordenada. Por el contrario, el autor da cuenta de ese proceso múltiple, complejo y contradictorio a través del cual una pléyade de pueblos que se fueron fundando de manera precipitada, entre 1840 y 1870 aproximadamente, terminaron conformando una región dinámica y vital en lo que hasta entonces

había sido considerado como la periferia de Medellín.

Las relaciones de las localidades entre sí y con el centro –Medellín–, constituyen otro acierto del trabajo, pues si bien la mirada del autor está puesta en el Suroeste, su configuración no puede entenderse sino en relación con la capital de Antioquia, a la vez centro económico y político, y con la Nación, que se está formando al mismo tiempo que sus entidades menores. Se trata de procesos de doble vía que no soportan decisiones verticales y que demandan intermedias, consensos, negociaciones; en fin, acciones políticas que van definiendo procesos de inclusión de lo periférico al corpus sociopolítico de Antioquia, sin diluirse en la “sociedad mayor”.

Pero la relación periferia, centro regional y centro nacional, no agota el análisis abordado en este libro. La situación geográfica del Suroeste, en la frontera con el estado del Cauca y con la selva chocoana, es decir, con “lo otro” regional, apunta algunos elementos muy valiosos sobre el proceso de construcción identitaria entre el nosotros y el ellos, relaciones a veces muy fluidas y armónicas cuando de intercambiar mercancías se trataba, pero difíciles y belicosas cuando la política y la guerra entraban en acción. Estas tensiones entre regiones y estados soberanos con vocación expansionista tuvieron como escenario privilegiado al Suroeste, situado en la frontera de dos realidades socio-culturales y políticas diferentes; diferen-

cias y estereotipos sobre las cuales se enfatizaba cuando se hacía necesario marcar las distancias y argumentar en contra del otro.

Este asunto de las fronteras socio-culturales y bélicas en un país que ha sido caracterizado como fragmentado y diferenciado, habría ameritado un análisis más detenido por parte del autor, y quizá también el tema de las guerras civiles y las campañas militares, pues casi todas tuvieron como escenarios los pueblos allende el Río Cauca.

Juan Carlos Vélez inicia su indagación en 1830, una época crucial que marca la consolidación del poder político republicano en Colombia. Su trabajo se desenvuelve en el contexto institucional federativo, que le otorgó a las regiones diversos grados de autonomía, proceso iniciado con la constitución de 1851 y terminado con la de 1863, que consagró la doble soberanía: la de los estados federales y la de la Nación. ¿Podría pensarse que esta estrategia federativa generó condiciones favorables para la formación del Suroeste y la cohesión de Antioquia? Es una pregunta que sugiere la lectura del texto pero que escapa al desarrollo mismo del trabajo.

Lo que sí resulta interesante constatar, porque de alguna manera le formula interrogantes serios a la historiografía antioqueña, es que el autor demuestra de manera muy documentada, cómo la configuración del Suroeste antioqueño y la cohesión de su espacio territorial,

ocurrió mucho antes de la introducción y generalización de la producción cafetera en estos lugares, pues existe una versión canónica que le atribuye al café la virtud de haber generado procesos de integración económica, desarrollo social y cohesión e identidad culturales.

El texto de Juan Carlos Vélez está dividido en cuatro grandes partes con varios capítulos cada una. En la primera parte se aborda la geografía, el espacio natural, las visiones de los intelectuales que desde muy temprano encontraron elementos más o menos homogéneos para nombrar esa parte meridional de la provincia de Antioquia, la descripción que hicieron sobre los recursos naturales y las potencialidades de desarrollo y explotación, más intuitivos e imaginados que conocidos; acompañados por otras descripciones de tono más pesimista sobre los peligros y las dificultades para colonizar, poblar y poner a producir esas tierras desconocidas que se extendían a partir de la otra orilla del Cauca. Esa geografía contrastada con los imaginarios que suscita, imaginarios de esperanza y de riqueza combinados con los miedos y los peligros de la selva, y esas percepciones sobre la parte meridional de la provincia, son los factores que modificaron, calificaron y transformaron el territorio sin que aún se hubiera iniciado en forma su colonización.

El trabajo también aborda el tema de los caminos mediante los cuales se buscó integrar el territorio del Suroeste con el Occidente colombiano y con

Medellín, de acuerdo con los propósitos mercantiles de la elite de esta ciudad que buscaba mercados para sus productos, salidas al mar para garantizar la exportación y localización extraregional de abastecedores de productos básicos demandados por una población en expansión.

El poblamiento es otro tema central de esta primera parte, tanto en su dimensión cuantitativa y demográfica como en las diversas modalidades mediante las cuales se ocupó y se transformó el espacio vasto. El poblamiento de esta región escenifica un encuentro complejo y conflictivo de varias racionalidades y propósitos que van desde la subsistencia hasta el refugio, desde la resistencia hasta la aventura económica y que coimplica en un mismo proceso a los “buenos ciudadanos” empeñados en actividades ordenadas hacia la producción, dotadas de cierta previsión medios-fines, y a los sujetos marginales, expulsados de sus regiones de origen por razones muy diversas y que llegaban al Suroeste pretendiendo evadir los controles institucionales o religiosos y en búsqueda de la esquiva libertad. Este choque de diversas racionalidades y propósitos del poblamiento se entrecruza con el desenvolvimiento de las distintas actividades económicas: la minería, la agricultura que le marcó al Suroeste cierta vocación, la ganadería y sobre todo el ejercicio mercantil, que logró articular ese espacio en construcción con las territorialidades mayores por la vía del mer-

cado. Este panorama bastante completo forma la primera parte del libro.

La segunda parte está constituida por cinco capítulos y se ocupa de un tema central: la búsqueda del orden y el control social a partir de una población heterogénea, diversa, dispersa y percibida por las autoridades civiles y religiosas como “sin Dios y sin Ley”; una población librada por sus propias fuerzas y sin mayores estrategias ni aparatos de mediación para lograr el buen orden; un orden colectivamente aceptado a través del cual se dirigiera la vida en común. En suma, es la búsqueda del orden y la cohesión en una sociedad de frontera que sufre una expansión demográfica de amplia significación en un tiempo relativamente corto.

Es precisamente esta estrategia de la búsqueda del buen orden, la que posibilita la consolidación del poblamiento, mediante la fundación de caseríos y localidades donde empiezan a operar algunas autoridades institucionales y públicas como los jueces pobladores, las juntas de repartimiento, la administración local con alcaldes, cabildo y regidores, y los curas con la fundación de parroquias, proceso que si bien abre el espacio para una administración y una gestión de claro sabor patrimonialista, también es cierto que va configurando una suerte de “espíritu público”, encarnado en los buenos ciudadanos y los buenos cristianos, quienes impulsan, a su manera, una cultura cívica que recuerda al Republicanismo patriótico en su versión local.

Paralelamente a la institucionalización del territorio y a la promoción del espíritu público, se desarrolla una acción moralizadora que al mismo tiempo que ejerce control social sobre unas gentes tan diversas y dispersas, propicia formas de cohesión e identidad mediante el reforzamiento de viejas y nuevas sociabilidades como los parentescos, los vecindarios, las asociaciones y las redes de negocios, anudadas por lazos de lealtad, obediencia, protección y reconocimiento e inscritas en una urdimbre bien nutrida de reciprocidades, que, a la postre, terminaron configurando un orden relativamente estable, integrado y cohesionado.

La tercera parte del texto podría denominarse como el tránsito de los órdenes societales a la política, o en otras palabras, la consolidación del proyecto político de una elite que requería de un conocimiento cada vez más preciso sobre el entorno, tanto para establecer controles administrativos y de gestión, como para el ejercicio de la representación política; juegos donde la expansión territorial de Antioquia y los cambios en la división político administrativa de la Nación, le otorgaban al Suroeste una dimensión, que modernamente se podría llamar geopolítica, dada su situación estratégica en el Occidente colombiano.

Las divisiones políticas, las adscripciones a dos partidos enfrentados desde siempre, sus acuerdos transitorios y sus confrontaciones armadas, matizan esa imagen de cohesión vista desde lo social y muestran cómo estas diferencias y las guerras civiles que cruzaron el territorio, más que fragmentar, contribuyeron a definir y a consolidar la formación del Suroeste antioqueño

La cuarta y última parte del texto se ocupa de un asunto de gran importancia que tiene que ver con los ordenamientos institucionales: la presencia más orgánica de la administración eclesiástica donde la fundación de la Diócesis constituye un punto neurálgico y la presencia más técnica de los poderes civiles mediante la creación de distritos electorales, círculos judiciales y creaciones municipales, que se concreta con la formación del Departamento del Suroeste. El libro se cierra con la descripción de las múltiples tensiones entre región, nación y provincia, y con el debate partidista, siempre candente en Colombia, sobre régimen político y ordenamiento territorial.

Se trata, en fin, de un excelente libro que introduce una manera novedosa y fresca para el estudio de las regiones y desde allí pone en cuestión muchos de los tópicos sobre la historia de Antioquia.

María Teresa Uribe de Hincapié
Profesora e investigadora
Instituto de Estudios Políticos

Artista invitado

Oscar Roldán Alzate

(Medellín, 1975)

Oscar Roldán es Maestro en Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia. Como artista independiente, ha realizado exposiciones individuales y colectivas a nivel nacional e internacional. Su trabajo ha obtenido varias menciones de honor entre las que se destacan las del XIX Salón Arturo y Rebeca Rabinovich, el Salón Regional de Artistas y el premio en el

XIII Salón Nacional de Artes Visuales de la Universidad de Antioquia, entre otros. Además, ha desarrollado investigaciones curatoriales con el Museo de Arte Moderno de Medellín. Actualmente se desempeña como docente en la Colegiatura Colombiana de Diseño, el Instituto de Bellas Artes y la Universidad de Antioquia, donde también cursa la Maestría en Ciencia Política, en el Instituto de Estudios Políticos.

“En nuestra época, la realización de una obra de arte es, por sí misma, una acción política”

Auden

La alianza que frecuentemente ejerce el artista Oscar Roldán con otras disciplinas, refleja en la construcción dinámica de su discurso una especie de danza sagrada que no va dirigida específicamente a los ojos sino a todos los sentidos, en la que confluye la más refinada tecnología y la artesanía más primordial, el consumismo y el misticismo o la realidad cotidiana del símbolo, con un cierto sentido común que nos obliga a considerar, más allá de toda certeza, que lo importante no es la cosa, sino que la cosa suceda, porque el presente no se puede equiparar con el pasado, acaso con el futuro, si tenemos en cuenta que el futuro no viene dado sino que ha de hacerse.

Campos de juego, instalaciones deportivas, cielos y cascos azules, aviones negros que como fantasmas invaden nuestro espacio, nuestra memoria y nuestra fantasía en una relación donde la poesía está inmersa por definición (y flota) en la situación, tendiendo a suprimir la futilidad cotidiana, al distinguirla, con la firme intención de configurar una multiplicidad de espacios de diálogo, de relaciones, de dinámicas que legitiman el contexto mediante un proceso de identificación de situaciones que, de alguna manera, todos reconocemos y desde donde el arte sucede.

María Teresa Cano
Docente Facultad de Artes
Universidad de Antioquia